

HISTORIA DEL PENSAMIENTO

HISTORIA DEL PENSAMIENTO

Volumen III Alemania toma la palabra

La Aufklärung y Kant

La Revolución francesa y la idea del «progreso»

Alemania: de la «tempestad y empuje» al clasicismo goethiano

Idealismo y romanticismo

Ediciones Orbis, S. A.

Saint-Simon, o el progreso como realización de la utopía



Biblioteca del Arsenal, París (Fot. Planeta/J. L. Charmet)

PERFILES DE UN PERSONAJE

El conde de Saint-Simon (1760-1825) escribiría, ya en su madurez, una especie de programa para que el hombre pudiera hacer un uso razonable y rentable de su vida: primero, mientras se tienen fuerzas, una vida original y activa; segundo, informarse de todas las filosofías y todas las experiencias históricas; en tercer lugar, recorrer todas las clases sociales, colocarse en todas las situaciones posibles; en fin, utilizar la vejez para resumir y meditar sobre las experiencias anteriores y extraer de ellas algunos principios.

El programa es una legitimación de su vida real, así como la asunción consciente de la misma. Pues la historia personal de Saint-Simon, que él nos relata en *Histoire de ma vie* y que sus biógrafos confirman, está regida por el ansia de conocer y vivir lo nuevo despreciando la regla de la coherencia o la fidelidad a cualquier convención o principio. Por esto se le ha definido como diletante, contradictorio, cínico.

En esta página, retrato de Saint-Simon, según Labille-Guiard. Junto con Fourier y Robert Owen, compone la gran triada de los denominados "socialistas utópicos", término que se aplica también a algunos teóricos de pleno siglo XVIII, como Gracchus Babeuf, el inspirador de la «Conspiración de los Iguales» en 1796. Teóricos del período que siguió a la Revolución francesa, a la que consideraban, sobre todo Saint-Simon, un momento capital en el desarrollo histórico, no pueden, en propiedad, ser llamados "socialistas" en el sentido en que hoy se emplea esta palabra. Sin embargo, es imposible soslayar a Saint-Simon o a Fourier al considerar la historia del socialismo, porque, fuesen o no socialistas, la obra de ambos inspiró, sin lugar a dudas, muchas ideas socialistas posteriores. Maestro de Comte y de Thierry, convencido de que «la historia es física social» y guiado por la ambición de «hacer un trabajo científico útil a la sociedad», el conde de Saint-Simon fue, en palabras de Hallet Carr, «el precursor del socialismo, el precursor de los tecnócratas, el precursor del totalitarismo». Todas estas etiquetas son adecuadas si tenemos en cuenta la distancia en el tiempo de las concepciones que Saint-Simon formuló con sorprendente propiedad.

Los maestros

Discípulo de D'Alembert, según nos dice en sus *Mémoires*, admirador de Rousseau, a quien conoció personalmente, el joven Saint-Simon, de familia de arraigada nobleza —se decía descendiente de Carlomagno—, fue destinado a las armas, como era habitual en su clase. A los 17 años era oficial, aunque no de muy buen grado. Ya mostraba, entre otras muestras de rebeldía, su rechazo a recibir la primera comunión y su fuga de un internado.

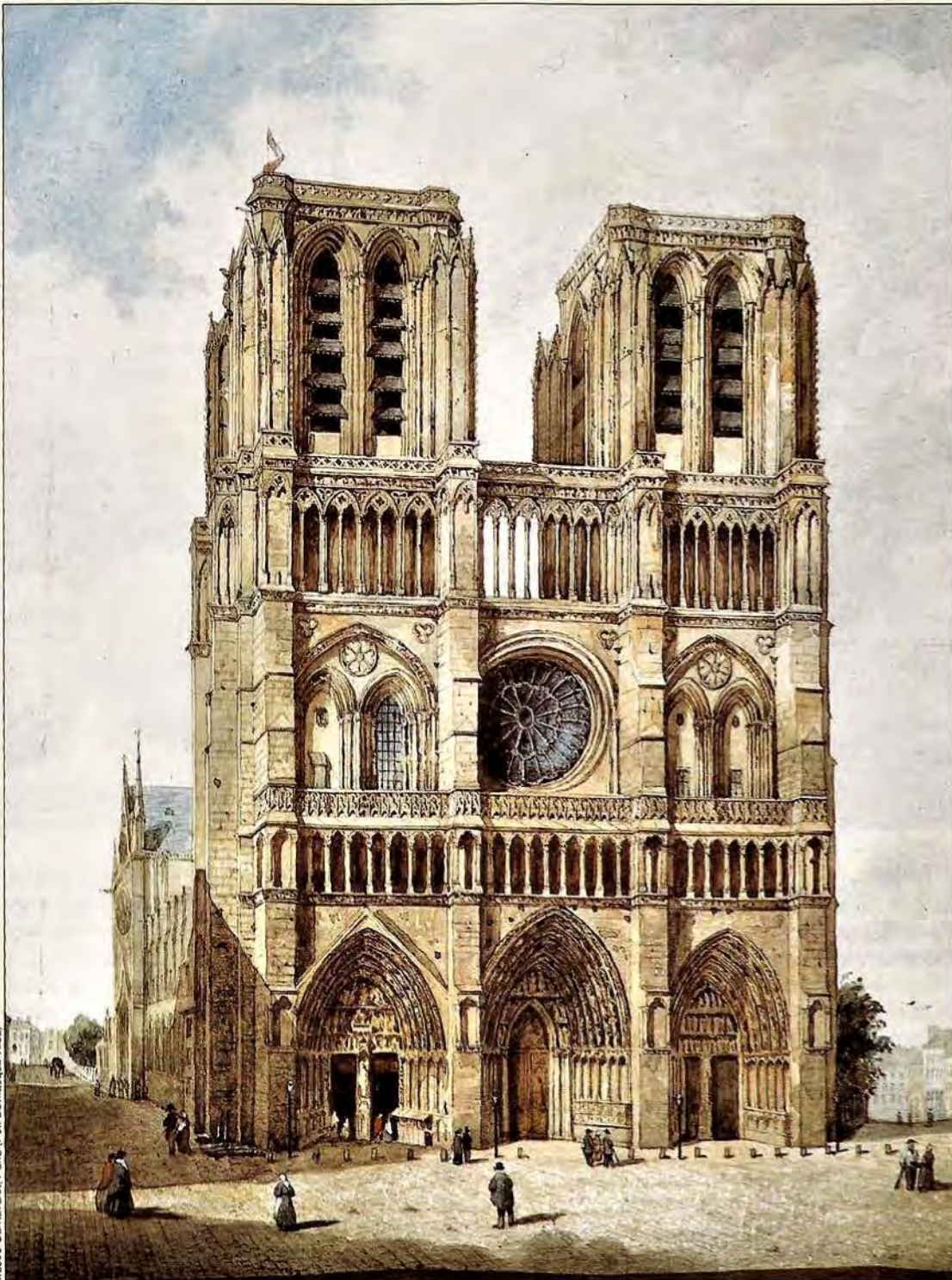
Saint-Simon y las enseñanzas de la Revolución americana

Inquieto e insatisfecho, con una formación ilustrada que lo enfrentaba al decadente Ancien régime, un importante hecho histórico irrumpió en su vida abriéndola a un infinito horizonte de futuro: la Revolución americana. Como otros jóvenes militares, siguió a Lafayette, quien dijo de la sublevación que «nunca mejor causa había atraído la atención de los hombres».

Saint-Simon tuvo la ocasión de utilizar una profesión que aborrecía en favor de una causa que lo ilusionaba. Con vehemencia se entregó Saint-Simon a la lucha, actuando en ocasiones a las órdenes directas del general Washington. Debió de ser eficaz su acción, pues fue nombrado miembro de la Sociedad Patriótica Americana de Cincinnati.

Ahora bien, si Saint-Simon sirvió a la Revolución americana, ésta compensó con creces sus servicios. No sólo abrió unas perspectivas de futuro a su vida personal, sino que permitió a Saint-Simon comprender que también la historia tenía un futuro, que el antiguo régimen no era un techo insalvable.

Saint-Simon aprendió así mismo que le es posible a un pueblo conquistar por las armas la independencia y la libertad; y aprendió que es posible una sociedad sin ociosos, sin aristócratas parásitos, donde la elite está constituida por propietarios productores, por industriales, comerciantes, financieros, ingenieros... Y esta experiencia iba a determinar de forma definitiva su pensamiento [véase texto n.º 1].



Museo Carnavalet, París (Fot. Bonifacius-Aisa)

Junto a estas líneas, la fachada de Notre-Dame de París, según acuarela de F. E. Villeret. Al parecer, el excéntrico conde de Saint-Simon, entre cuyos antepasados estaban el no menos famoso duque de Saint-Simon y, si hemos de creerle, también el propio emperador Carlomagno, fue acusado en cierta ocasión de haber urdido un plan para vender el plomo de la catedral de Notre-Dame. De hecho, la principal preocupación de Saint-Simon durante la Revolución francesa fue hacer una fortuna especulando en la bolsa, con objeto de tener dinero para llevar a cabo las experiencias sociales que había proyectado. Nada partidario de la revolución, Saint-Simon llegó a afirmar que era preferible la dictadura a la revolución; a pesar de ello, nunca ocultó su entusiasmo por la revolución que había derribado al Ancien régime, el único enemigo declarado en su crítica de la sociedad. Sin duda, Saint-Simon fue socialista al poner el acento en la sociedad antes que en el individuo, pero no en el sentido político más moderno del término. Dijo que no pertenecía ni al partido conservador ni al liberal, sino al parti industriel, término que resultaría engañoso, en este caso, traducir por "industrial"; pero también lo sería hacerlo equivaler a "socialista"; e incluso a "laborista".



Un soñador adelantado a su época

A su regreso a Francia tomará algunas iniciativas en línea con esa idea de progreso de la ciencia y de la tecnología. Así, proyectó un canal que atravesara la América Central, y otro que comunicara a Madrid con el mar. Sus planes no tuvieron éxito de inmediato, pero, como diría su discípulo Comte, cuando un hombre se adelanta a su tiempo, tiene la ventaja de que sus ideas, curiosas para su época, serán progresivamente admiradas con el paso de los años. Un saint-simoniano, Ferdinand Lesseps, diseñaría y realizaría el canal de Suez; el sueño del canal centroamericano también sería realizado. En fin, Saint-Simon soñaba con canales, puertos, ferrocarriles..., gran-

Arriba, un cuadro relativo al histórico momento en que el "Comité de los Cinco" presenta el texto de la Declaración de Independencia ante el Congreso de los Estados Unidos. La Revolución americana significó para Saint-Simon la primera posibilidad de enfrentarse abiertamente al Ancien régime y la ocasión de hacerlo utilizando una profesión que aborrecía —la de las armas— en favor de una causa que compartía.

des proyectos que constituían el desafío, la batalla del hombre por dominar la naturaleza, lucha que en el futuro debería sustituir a las dirigidas a la dominación del hombre por el hombre.

Las peripecias de Saint-Simon durante la Revolución francesa constituyen un buen ejemplo de su programa para la vida humana: hacer de todo. Renunció a sus títulos, incluso a su nombre, haciéndose llamar Claude-Henri Bonhomme, impregnado del más vivo celo republicano. Pero todo ello no le impidió especular con la compra-venta de las tierras expropiadas a la Iglesia o a los nobles exiliados, o con cualquier otra mercancía. Incluso se llegó a acusar a Saint-Simon de un plan para vender el plomo de la catedral de Notre-Dame...



Museo Carnavalet, París (Fot. Bevilacqua-Asa)

OBRA Y PENSAMIENTO DE SAINT-SIMON

Sólo en su madurez comenzaría su reflexión y la publicación de sus escritos. En 1817 edita una recopilación de panfletos, *L'Industrie*; tres o cuatro años más tarde, *Du système industriel*, y poco después su obra más famosa, *Catéchisme des industriels*. En todas ellas, Saint-Simon iba configurando una ideología; no una teoría sistemática, sino un conjunto de ideas, de representaciones, que servían para ver el futuro de una sociedad que estaba sometida a una revolución irreversible.

Porque, como la experiencia había demostrado, la Restauración y la Santa Alianza no habían podido hacer volver la sociedad a su momento

Sobre estas líneas, uno de los episodios de la Revolución francesa: la Destrucción de los emblemas monárquicos, según un cuadro pintado por P. A. Machy. Este acontecimiento histórico era visto por Saint-Simon con espíritu crítico: si bien consideraba la Revolución como una realización de la gran obra de destrucción de las instituciones antiguas, negaba que hubiera logrado nada constructivo por falta de un principio unificador.

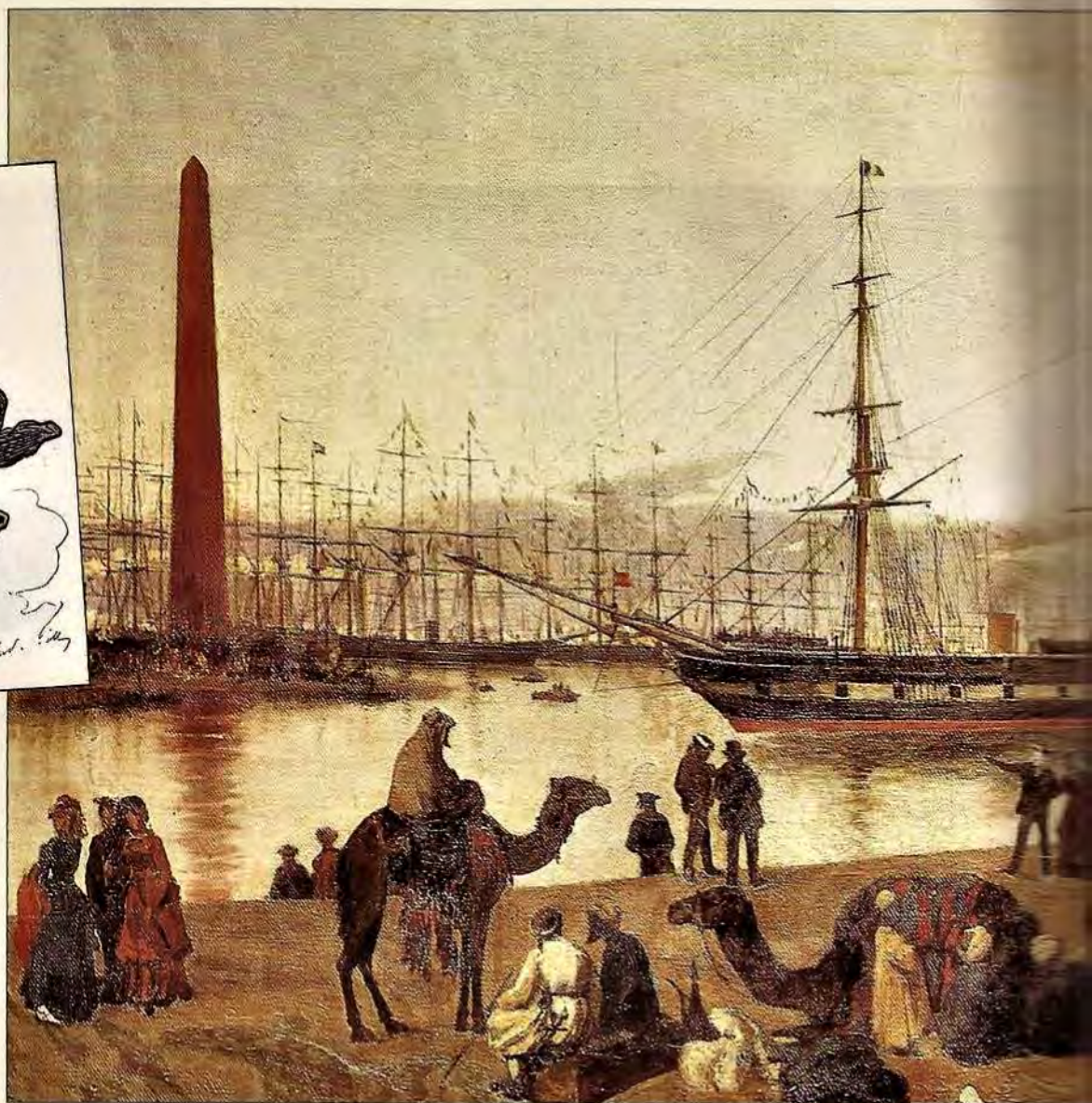
prerrevolucionario. Saint-Simon pensaba que el avance de la ciencia, de la tecnología, del progreso material, de la economía... era más fuerte que las revoluciones políticas, que se imponía por encima de la actitud de los gobiernos y que iba cambiando la vida social a pesar de los modelos políticos y de las filosofías y las religiones que el poder intentara imponer.

Economía y sociedad

Ésta es una de las grandes ideas del saint-simonismo: la importancia de la economía y de su desarrollo en la marcha de las sociedades, en la evolución de sus formas políticas y espirituales. La época de la "guerra" y de la "religión" estaba



Biblioteca Nacional, París (Fot. Alsa)



Junto a estas líneas, a doble página, la fragata Berenguela, el primer barco que pasó el canal de Suez, según un cuadro de R. Padró. Sobre estas líneas, en el recuadro, una caricatura, aparecida en una publicación de la época, relativa a Ferdinand de Lesseps, el hombre que llevó a cabo la empresa de la construcción de dicho canal y realizó con ello una de las ambiciones de Saint-Simon, impenitente soñador de proyectos que sustrajeran al hombre de la dominación del hombre y le encaminaran a su verdadero fin: la lucha por dominar la naturaleza. Seguidor de las ideas de Saint-Simon, Lesseps pertenecía a la élite dirigente de la nueva sociedad saint-simoniana, que, regida por banqueros e industriales, se reduce en definitiva a un despotismo administrado por tecnócratas benevolentes.

dejando paso a la época de la "producción" y de la "ciencia": la Revolución industrial avanzaba.

Saint-Simon ofrecía esta perspectiva a aquellos sectores sociales emprendedores que habían acumulado propiedad y que se encontraban un poco atrapados entre el esfuerzo involucionista de la Restauración y los brotes de rebelión contra el capitalismo que iban manifestándose en las concentraciones de obreros. Saint-Simon, pues, daba confianza a estos sectores, les prometía que el futuro es suyo, que están con la historia...

Poco a poco el saint-simonismo va cuajando como la alternativa progresista racional, conforme con la evolución histórica que deja atrás la oscuridad y la miseria y se abre a la luz y la ri-

queza. Saint-Simon creía que «todos los hombres deben trabajar» y que la nueva sociedad no necesita aristocracia parásita ni clero ocioso. El dominio de la aristocracia parásita, la clase de los "zánganos", dejará paso al dominio de la meritocracia, en la que el gobierno de la sociedad estará en manos de la "clase industrial" (en cuyo seno incluye Saint-Simon a obreros, comerciantes, campesinos, poetas, financieros, ingenieros...) [véase texto n.º 2].

La sociedad utópica de Saint-Simon

Saint-Simon promete una sociedad utópica, en la que cada cual, según sus cualidades y gustos,



Museo Naval, Madrid (Fot. Oronoz)

abrazará una rama de la producción, y pasará a ocupar en ella un lugar en una jerarquía establecida exclusivamente en función de la eficacia de cada cual. Esa jerarquía no va contra la igualdad real, al contrario, la favorece, puesto que como todos en la pirámide tienen el mismo fin, la máxima productividad en beneficio de todos, a cada uno le interesa que el más dotado ocupe los puestos más elevados.

El lema «a cada cual según su capacidad», formulado por los saint-simonianos, condensa su idea de igualdad. El «amor al progreso del género humano» se convierte en la nueva «moral industrial», forma laica y moderna del «cristianismo de los pobres».

Ciertamente, mantienen la propiedad privada, pero esto no es contradictorio con su ideal socializante. Para Saint-Simon lo importante es ir creando empresas cada vez mayores, más centralizadas, que permitan vencer los mayores retos, obtener las grandes victorias sobre la naturaleza. De esa manera el trabajo va siendo cada vez más social, más colectivo y compartido.

En esa perspectiva, el Estado desaparecerá como fuerza de coacción, siendo sustituido por un consejo económico-administrativo formado por grandes especialistas, por financieros, economistas, ingenieros...; o sea, una tecnocracia, adecuada a una sociedad que ha hecho de la industrialización el objetivo único.



Sobre estas líneas, llegada de los primeros exploradores occidentales a Laponia. Aunque seguidor de Rousseau, Saint-Simon renunció a la ficción del *Paraíso Perdido* y del *Buen Salvaje*, categoría a la que pertenecerían los lapones del siglo XIX, y cifró la realización de la utopía en la bondad del progreso. La utopía del "régimen industrial" de Saint-Simon propone una sociedad entendida como una gran manufactura en la que la política será sustituida por la producción y donde todos «los obreros se considerarán vinculados a un taller». A ello une la ingenua invitación de que «los señores obreros» elijan como jefes a sus empresarios.

El progreso: realización de la utopía

Son muchas las ideas interesantes que Saint-Simon impulsó en su vida. Así, una vez intentó modificar los dibujos de los naipes, sustituyendo los reyes, las damas y las sotas por Genio, Libertad e Igualdad; en otra ocasión decidió contraer "matrimonio por tiempo limitado"; y junto a estos hechos anecdóticos, pero significativos, otros más pretenciosos, como su proyecto de constituir una especie de O.N.U. (De la réorganisation européenne, ou de la nécessité et des moyens de rassembler les peuples de l'Europe en un seul corps politique, en conservant à chacun d'eux son indépendance nationale).

Son muchas las ideas y los proyectos de reforma social de Saint-Simon. En conjunto, aunque no constituyan un todo coherente y sistemático, son suficientes para definir una ideología optimista, de aceptación del progreso, especialmente de la industrialización, confiando a su desarrollo la felicidad del género humano.

Ideal que hoy, con muchos años de capitalismo en nuestra historia, no parece tan atractivo, pero

que en la Francia de la Restauración tenía un gran significado. Porque, si bien era cierto que el capitalismo dejaba sentir ya el duro precio de su implantación en los obreros hacinados en las ciudades industriales, y en la destrucción de formas sociales agrarias, también era cierto que el "antimaquinismo" estaba fomentado por una nobleza y una Iglesia feudales que, embelleciendo el ruralismo y la economía natural, buscaban restablecer las viejas formas de sumisión y servidumbre humanas.

Ciertamente, en una alternativa como la saint-simoniana era fundamental un nuevo tipo de hombre, con una conciencia social que dominara su egoísmo, capaz de ser más feliz entregándose al trabajo por la comunidad que acumulando riquezas privadas... O sea, era necesario un hombre con una nueva moral, que asumiera una nueva religión, la «religión del Género Humano». Esto parece ser común a todas las utopías: su posibilidad depende de la existencia de un nuevo tipo de hombres. El *Nouveau christianisme* (1825) venía a definir ese modelo de vida y de conciencia. Unos dirán que en esta obra Saint-



Museo de Arte Moderno, París (Fot. Bevilacqua-Aisa)

Simon laiciza el cristianismo, mientras otros argumentarán que en ella realmente Saint-Simon convierte su ideología social en un nuevo misticismo. Lo cierto es que sus discípulos, como Enfantin, acabarían introduciendo una liturgia, todo un culto, creando una comunidad marginal que vivía en base al principio de "amor a la humanidad".

El profeta de los nuevos tiempos

Pero Saint-Simon tuvo el mérito de ser el primero en poner la realización de la utopía en el progreso, renunciando a la ficción de la Edad de Oro, del Paraíso Perdido, del Salvaje Feliz rousseauniano [véase texto n.º 3]. Tal vez sustituyera una ficción por otra, pero lo hizo para salvar al género humano. Creyó en el progreso; creyó que con el desarrollo y la organización se evitarían las revoluciones sociales; creyó que con la meritocracia se ayudaría a la igualdad; creyó que la política era secundaria respecto a la economía, que la política era el arte de desarrollar la industria; creyó que las elites de científicos, ingenieros, em-

presarios, comerciantes, etc., podían hacer del progreso técnico y la mejora de toda la sociedad una religión, es decir; que podían amar a la humanidad; creyó ser un profeta de los nuevos tiempos encargado de predicar que el progreso no afectaba sólo a la ciencia, la técnica y la economía, sino a las relaciones entre los hombres, a la moral, a las costumbres.

Crejó, en fin, que la manera más eficaz y definitiva de acabar con la aristocracia parásita no eran las sublevaciones políticas, como la historia enseñaba, sino los cambios en la propiedad (por eso él apoyo a los nuevos propietarios frente a las reclamaciones de los aristócratas a su regreso del exilio) y el desarrollo industrial. Por último, él fue uno de los primeros en señalar la trampa de los liberales en su reivindicación de la libertad política cuando la misma no va acompañada de cambios en la propiedad y en la estructura de la producción.

José Manuel Bermudo
Profesor de historia de la filosofía
en la Universidad de Barcelona

Junto a estas líneas, un cuadro pintado por Léon Frédéric en 1835 en exaltación del mundo obrero, que parece un verdadero anticipo del realismo socialista y que concuerda con el espíritu saint-simoniano, según el cual la sociedad del futuro no sería una sociedad de propietarios sino una sociedad de productores. Sin duda Saint-Simon estuvo muy preocupado por el bienestar de los trabajadores, a los que consideraba «la clase más numerosa y pobre», y reclamó la igualdad en la distribución de la riqueza afirmando que «el lujo sólo podrá ser útil y moral cuando lo disfrute toda la nación». No obstante, el Manifiesto Comunista pone a Saint-Simon junto a Fourier y Owen bajo el calificativo de "socialistas utopocriticos", que arremeten contra la sociedad existente con razones válidas, pero prescriben remedios utópicos. Marx y Engels los acusan de no apreciar el papel del proletariado en la lucha de clases y de no proponer métodos violentos para cambiar el orden establecido. Sin duda, a Saint-Simon no le hubiera gustado saberse excluido de la nómina de los pensadores científicos, sobre todo si se tiene en cuenta que había dejado escrito que «el problema de la organización social debe tratarse con el mismo método que cualquier otro problema científico».

TEXTOS DE SAINT-SIMON

1. Una sociedad sin ociosos

«Supongamos que Francia pierde, en un momento dado, sus cincuenta primeros físicos, sus cincuenta primeros químicos, sus cincuenta primeros fisiólogos, sus cincuenta primeros matemáticos, sus cincuenta primeros poetas, sus cincuenta primeros pintores, sus cincuenta primeros músicos, sus cincuenta primeros literatos;

»sus cincuenta primeros mecánicos, sus cincuenta primeros ingenieros civiles y militares, sus cincuenta primeros artilleros, sus cincuenta primeros arquitectos, sus cincuenta primeros médicos, sus cincuenta primeros cirujanos, sus cincuenta primeros farmacéuticos, sus cincuenta primeros marinos, sus cincuenta primeros relojeros;

»sus cincuenta primeros banqueros, sus doscientos primeros negociantes, sus seiscientos primeros cultivadores, sus cincuenta primeros siderúrgicos, sus cincuenta primeros fabricantes de armas, sus cincuenta primeros curtidores, sus cincuenta primeros tintoreros, sus cincuenta primeros mineros, sus cincuenta primeros fabricantes de algodón, sus cincuenta primeros fabricantes de seda, sus cincuenta primeros fabricantes de lienzo, sus cincuenta primeros fabricantes de quincallería, sus cincuenta primeros fabricantes de mayólica y de porcelana, sus cincuenta primeros fabricantes de cristal y de vidrio, sus cincuenta primeros armadores, sus cincuenta primeras empresas de transportes, sus cincuenta primeros tipógrafos, sus cincuenta primeros grabadores, sus cincuenta primeros orfebres y otros trabajadores del metal;

»sus cincuenta primeros albañiles, sus cincuenta primeros carpinteros, sus cincuenta primeros ebanistas, sus cincuenta primeros herreros, sus cincuenta primeros cerrajeros, sus cincuenta primeros fundidores y otros centenares de personas de diversas y no especificadas condiciones, muy diestras en las ciencias, en las bellas artes y en los diferentes oficios, hasta llegar a totalizar los tres mil primeros sabios, artistas y artesanos de Francia.

»Estos hombres son los productores más necesarios para Francia; son los que suministran los



Sobre estas líneas, diversas ocupaciones de las mujeres saint-simonianas de acuerdo con sus capacidades, según un grabado realizado en 1832. Tras la muerte de Saint-Simon, el saint-simonismo llegó a ser una verdadera secta, que invistió al maestro con un halo de santidad y encontró en Enfantin al sumo sacerdote de una orden que tuvo su propio ritual y un monasterio en los suburbios de París, en Menilmontant. La secta sobrevivió durante unos cuarenta años en Francia y tuvo incluso seguidores en países extranjeros.

bienes y artículos más importantes, los que dirigen los trabajos más útiles de la nación y los que hacen a ésta fecunda en las ciencias, en las bellas artes y en las profesiones y los oficios. Ellos son, verdaderamente, la flor y nata de la sociedad francesa; son los franceses más útiles a su país. (...) los que más aceleran su civilización y su prosperidad. Si la nación perdiera a esos hombres, quedaría convertida en un cuerpo sin alma; caería en un estado de inferioridad en relación con las naciones que con ella rivalizan y de las que sería una simple subalterna hasta tanto no hubiera conseguido reparar la pérdida sufrida. Francia tendría necesidad de toda una generación para poner remedio a semejante desventura. En realidad, los hombres que se distinguen, que sobresalen en los trabajos de utilidad positiva, constituyen verdaderas excepciones, y sabido es que la naturaleza no es pródiga en excepciones, particularmente en las de este género.» (Parábola.)



Museo Capodimonte, Nápoles (Fot. Scalla-Aisa)

2. La aristocracia sustituida por la "meritocracia"

«Pasemos a otro caso. Supongamos que Francia conserva todos sus hombres de genio, especializados en las ciencias, en las bellas artes, en las profesiones y los oficios, y que, por el contrario, tiene la desgracia de perder, en un mismo día, a su Alteza el hermano del rey, a monseñor el duque de Angulema, a monseñor el duque de Berry, a monseñor el duque de Orleans, a monseñor el duque de Borbón, a la duquesa de Angulema, a la duquesa de Berry, a la duquesa de Borbón y a la señorita de Condé;

»que al mismo tiempo pierda a todos los altos cargos de la corona, a todos los ministros, con o sin cartera, a todos los consejeros de Estado, a todos los refrendarios, a todos sus mariscales, a todos sus cardenales, arzobispos, obispos, vicarios generales y canónigos, a todos los prefectos y

Sobre estas líneas, la boda de Carolina de Borbón según un cuadro pintado por Louis Nicolas Lemasle. Saint-Simon se proponía unir a las clases industriales en contra de las "dos noblezas" de Francia, la antigua y la creada por Napoleón.

Bibliografía básica

F. E. MANUEL: *The New World of Henri Saint-Simon* (Cambridge, Mass., 1956).

P. ANSART: *Saint-Simon* (París, P.U.F., 1956).

G. GURVITCH: *Los fundadores de la sociología moderna. Proudhon y Saint-Simon* (Buenos Aires, Nueva visión, 1970).

subprefectos, a todos los empleados de los ministerios, a todos los jueces y, por añadidura, a los diez mil propietarios más ricos, escogidos entre los que se dan una vida igual a la de los nobles.

»Semejante acontecimiento entristecería indudablemente a los franceses, porque éstos son gente buena y no permanecerían indiferentes ante la súbita desaparición de tan grande número de compatriotas. Mas esta pérdida de treinta mil individuos, los más importantes del Estado, sería solamente causa de un dolor puramente sentimental, porque ello no supondría ningún detrimento político para dicho Estado.» (Barábola.)

3. La utopía del paraíso industrial

«P. – ¿Qué es un industrial?

»R. – Un industrial es un hombre que trabaja en producir o en poner al alcance de la mano de los diferentes miembros de la sociedad uno o varios medios materiales de satisfacer sus necesidades, o sus gustos físicos; de esta forma, un cultivador que siembra trigo, que cría aves o animales domésticos, es un industrial; un aperador, un herrero, un cerrajero, un carpintero, son industriales; un fabricante de zapatos, de sombreros, de telas, de paños, de cachemiras, es igualmente un industrial; un negociante, un carretero, un marino empleado a bordo de los buques mercantes, son industriales. Todos los industriales reunidos trabajan para producir y poner al alcance de la mano de todos los miembros de la sociedad todos los medios materiales para satisfacer sus necesidades o sus gustos físicos, y forman tres grandes clases que se llaman los cultivadores, los fabricantes y los negociantes.

»P. – ¿Qué rango deben ocupar los industriales en la sociedad?

»R. – La clase industrial debe ocupar el primer rango, por ser la más importante de todas, porque puede prescindir de todas las otras, sin que éstas puedan prescindir de aquélla; porque subsiste por sus propias fuerzas, por sus trabajos personales. Las otras clases deben trabajar para ella, porque son creación suya y porque les conserva su existencia; en una palabra: realizándose todo por la industria, todo debe hacerse para la industria.» (Catecismo de los industriales.)

